

No. 8 - JUNIO 1950



REVISTA INFANTIL NACIONAL

Las abejas

León Tolstói

Pendiente de una rama desgajada hay un enjambre. Su situación es provisional y debe ser cambiada. Menester es que vuele de allí y se busque otra habitación.

Lo saben todas las abejas y todas desean que cambie aquella situación; pero se hallan unidas las unas a las otras y, como no pueden volar juntas, el enjambre continúa pendiente.

Si ninguna abeja volara sin esperar a las demás, el enjambre no cambiaría nunca de sitio.

Mas, que vuele una sola. Tras ella volará otra, y después otra, y otra, hasta que por fin acabará por volar todo el enjambre.

Hombres de corazón, abejas precursoras, volad, volad. Las otras os seguirán.



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

MARIA CRISTINA MARTINEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

Las Abejas	1
El Arbol Taciturno	2
El Apillo de Sakuntaia	3
Historia del Negrito Sambo Tom	6
Arboles... Pájaros... Nidos	7
Himno al Arbol	8
El Campesino, el Oso y la Zorra	9
Los Niños hablan	13
Cantiga	14

JUNIO 1950

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 8

Dibujos a pluma: Juan Ml. Sánchez.

¢ 0.20

EL ARBOL TACITURNO

Alfredo Mario Ferreyro

El árbol tenía un letrero
que sólo los pájaros podían leer.

“Se alquilan ramas para nidos”
decían las letras
que un hombre no hubiera podido leer.

A pesar del anuncio
ningún pájaro vino
a hacer su nido
en este árbol que muere de tristeza
gacha la cabeza
al borde del camino.



El Anillo de Sakuntala

Sakuntala, la amada de los pájaros, es la más delicada Flor del Teatro Oriental. Una Doncella, llena de sencillez campestre y religiosa; un joven Rey cazador, hijo de la Luna, y el Amor, luchando contra el destino. Este es el fondo del hermoso drama, escrito no se sabe cuando ni donde, por el antiguo poeta Kalidasa.

Hay en la India, al pie del monte Himavat, un bosque sagrado donde viven los ascetas consagrados a la meditación y a la sabiduría. Sus lagos son de agua azul, siempre inmóvil; el arroz silvestre crece allí espontáneamente junto al césped de los sacrificios, y los animales del bosque son sagrados para el cazador, de afiladas flechas, que debe entrar humilde y desarmado en el silencioso recinto.

En este bosque habita la doncella Sakuntala, hija adoptiva del asceta Kanva. Ella, hermosa y delicada como un jazmín recién abierto, cuida las plantas y los animales del bosque. Con granos de arroz y dándole a beber la leche en el cuenco de su mano ha criado un cervatillo, que salta siempre alegre detrás de sus pasos. Sus amores son las flores y los árboles, que riega y mira crecer día por día; y su gran fiesta, cuando, a la llegada de la primavera, estallan en el bosque los primeros brotes.

Un día, el joven rey Duchmanta, descendiente del dios de la Luna, llegó de caza al santo lugar. Venía en su veloz carro, con el arco de bambú atado a la muñeca, persiguiendo a una gacela negra, que penetró jadeante en el bosque de los solitarios. Internóse el rey tras ella, y tendía ya su arco dispuesto a disparar cuando una voz le contuvo diciendo:

—¿Quién se atreverá a manchar de sangre el bosque de la meditación? Detén tu brazo, no caiga tu flecha en el cuerpo de la humilde gacela como un rayo en un búcaro de flores.

Entonces el rey se dió cuenta del lugar en que se hallaba; descendió del carro y, dejando en él su manto y sus armas, porque en el recinto sagrado debe penetrarse con vestiduras sencillas, se dirigió al interior del bosque en busca de la ermita del venerable Kanva.

A su paso, el pájaro no se espanta en la rama donde canta, y el gamo, que pace junto al sendero, levanta su cabeza para mirarle dulcemente.

De pronto oyó el rey, en un bosquecillo de bambúes, voces y risas de mujer, y se puso a observar entre el follaje. Era la hermosa Sakuntala, que, con otras dos doncellas, regaba los árboles. Llevaba una humilde vestidura de corteza de árbol, sujeta con leves nudos de cáñamo a los hombros, y adornaba sus orejas con dos flores de acacia.

Así apareció a los ojos del rey, a través del follaje, sobre el verde tierno de la pradera, como un panal de miel nueva. Y Duchmanta olvidó al verla su palacio; olvidó la gacela que hasta allí le había llevado, y su corazón tembló en la quietud religiosa del bosque.

Luego adelantándose, se presentó a las doncellas, que al verle quedaron un momento turbadas. Pero su noble aspecto y la delicadeza de sus palabras las tranquilizaron, y ofrecieron al desconocido el plato de leche, arroz y frutas, ofrenda sagrada de hospitalidad.

Los discípulos de Kanva llegaron al bosquecillo de bambúes, y reconociendo al rey Duchmanta, le dijeron que su venerable maestro estaba ausente rezando en los santuarios del Oeste, y le invitaron a pasar la noche en la cabaña. El rey no pudo negarse a ir con ellos, pero sus ojos no se apartaban de la hermosa Sakuntala, que quedaba allí.

Así iba, su cuerpo hacia adelante y su alma hacia atrás, como la seda de una bandera llevada contra el viento.

Varios días permaneció el joven rey con los ascetas en la montaña sagrada. Su corazón adoraba a Sakuntala, y cuando al caer la tarde conversaba con ella, sentados sobre la yerba, sus palabras se entrelazaban como las ramas de los árboles.

Y al fin un día el joven le confesó su amor, temblando como un niño. Sakuntala bajó sus ojos de largas pestañas, y nada contestó. Pero sus manos cogieron una hoja de loto, y sobre ella escribió con la uña estas palabras: "No conozco tu corazón, pero día y noche el amor atormenta a la que ha puesto en ti toda su esperanza".

Al leer estas palabras, el joven rey la estrechó entre sus brazos. Y en el silencio del bosque, bajo los ojos de los dioses, le dió el juramento de esposo.

Días después llegó el séquito del rey al bosque sagrado, llamándole de nuevo a su palacio. Antes de partir, Duchmanta habló así a Sakuntala:

—Toma mi anillo de oro, esposa mía. En él está grabado mi sello y escrito mi nombre. Cuenta una letra por cada día, y cuando todas las letras hayan sido contadas deja el bosque de tu padre y ve-te a mi palacio.

Así se despidieron Duchmanta, hijo del rey de la Luna, y Sakuntala, la doncella sagrada, amada de los pájaros.

Largos son los días de espera. Sakuntala está triste sin su corazón, contando día por día las letras del anillo, y las lágrimas del amor marchitan sus mejillas, como dos jazmines regados con agua hirviendo.

Un día Sakuntala, absorta en sus recuerdos, olvidó los deberes de la hospitalidad, no atendiendo al ermitaño Durvasa, que llegó al bosque, cansado y sediento. Y el ermitaño, ofendido, lanzó su maldición contra la doncella, diciendo:

—El rey no se acordará de Sakuntala, como el hombre ebrio no recuerda sus palabras del día anterior. Sólo el anillo nupcial le devolverá la memoria. ¡Ay de Sakuntala si pierde su anillo!

Pero la doncella no oyó la maldición. Y el destino cruel arrebató el anillo de su mano un día al entrar en el baño, en el celeste Ganges de las tres corrientes. Entre las aguas del sagrado río se hundió el anillo nupcial, y con él se hundieron entre la espuma los recuerdos del rey.

Cuando el día de la promesa llegó, las doncellas del bosque engalanaron a Sakuntala y ungieron sus cabellos. El venerable Kanva, que llegó aquel día, la bendijo y dirigió su palabra al bosque diciendo:

—¡Arboles sagrados! La que no quería beber cuando vosotros no habíais bebido; la que, gustando de adornarse, no cortaba, por miedo a heriros, ni una sola de vuestras ramas, Sakuntala, se va a la casa de su esposo. ¡Dadle todos vuestro adiós!

Y entonces se obró un perfumado milagro. Un árbol produjo un vestido de lino, blanco como la luna; otros destilaron su jugo de laca, de gomas y resinas para perfumarla, y otros le tejieron bra-

zaletes de fibra y coronas de hojas y flores. Y el cuclillo del bosque cantó diciéndole adiós.

Sakuntala se despidió de su cervatillo. Dió tres vueltas alrededor del fuego sagrado, mientras sus compañeras levantaban ritualmente en sus manos los granos de arroz. Y luego, como manda la Escritura, todos los ascetas la acompañaron hasta el borde del agua.

Así se fué Sakuntala del bosque, llevando su perfume, como una rama de sándalo cortada y transplantada a otro país.

(Continuará)

CUENTO ILUSTRADO

HISTORIA DEL NEGRITO SAMBO TOM

Continuación



¡Otro tigre todavía...!
—¡Te voy a comer, criatura!
Y Sambito le replica:
—Toma zapatitos púrpura!



¡Y otro más... (ya cuatro son)
¡Y éste ya casi lo muerde...!
Mas le ofrece Sambo Tom:
—¡Toma mi sombrilla verde...!



Y se marchan tan campantes dejando a Sambo llorar...
(Pero es que están ignorantes de lo que les va a pasar...)



Y se encuentran los dos de antes y empieza una discusión sobre quién es más elegante con las prendas del buen Tom.

(Continuará)



Arboles... Pájaros... Nidos...

Himno al árbol

Juan Zorrilla de S. Martín

Plantemos nuestros árboles; la tierra nos convida;
plantando cantaremos
los himnos de la vida,
los cánticos que entonan las ramas y los nidos,
los ritmos escondidos
del alma universal.

Plantar es dar la vida al generoso amigo
que nos defiende el aire:
que nos ofrece abrigo;
él crece con el niño, él guarda su memoria,
en el laurel es gloria,
en el olivo es paz.

El árbol tiene un alma que ríe entre sus flores,
que piensa en sus perfumes,
que alienta en sus rumores;
él besa con la sombra de su frondosa rama,
él a los hombres ama,
él les reclama amor.

La tierra sin un árbol está desnuda y muerta,
callado el horizonte,
la soledad desierta;
plantemos para darle palabras y armonías,
latidos y alegrías,
sonrisas y calor.

El árbol pide al cielo la lluvia que nos vierte;
absorbe en nuestros aires
el germen de la muerte;
por él sube a las flores la sangre de la tierra,
y en él perfume encierra
y eleva su oración.

Proteja Dios el árbol que plante nuestra mano;
los pájaros aniden en su ramaje anciano;
y canten y celebren la tierra bendecida
que les infunde vida,
que les prodiga amor.



El campesino, el oso y la zorra

Un día un Campesino estaba labrando su campo, cuando se acercó a él un Oso y le gritó:

—¡Campesino, te voy a matar!

—¡No me mates!—suplicó éste—yo sembraré los nabos y luego, cuando los coseche, los repartiremos entre los dos, yo me quedaré con las raíces y te daré las hojas.

Consintió el Oso y se marchó al bosque.

Pasó el tiempo y llegó la época de la recolección. El campesino empezó a escarbar la tierra y a sacar los nabos, y el Oso vino al bosque para recibir su parte.

—¡Hola, Campesino! Ha llegado ya el tiempo de recoger la cosecha y de cumplir tu promesa—le dijo el Oso.

—Con mucho gusto, amigo,—le contestó el Campesino—. Si quieres, yo mismo te llevaré tu parte.

Y después de haber recogido todo, llevó al bosque un carro cargado de hojas de nabo para el Oso. Este quedó muy satisfecho de lo que él consideraba un honrado reparto.

Al día siguiente el Campesino cargó su carro con los nabos y se dirigió a la ciudad vecina para venderlos; pero en el camino tropezó con el Oso, que le dijo:

—¡Hola, Campesino! ¿A dónde vas?

—Pues, amigo—le contestó el Campesino—voy a la ciudad a vender las raíces de los nabos.

—Muy bien, pero déjame probar qué tal saben—dijo el Oso.

No hubo más remedio que darle un nabo para que lo probase. Apenas el Oso acabó de comerlo, rugió furioso:

—¡Ah miserable! ¡Cómo me has engañado! ¡Las raíces saben mucho mejor que las hojas! Cuando siembres otra vez, me darás las raíces y tú te quedarás con las hojas.

—Bien—contestó el Campesino.

Pero en vez de sembrar nabos, sembró trigo.

Pasó el tiempo y llegó la época de la recolección. Tomó para sí, las espigas, las desgranó, las molió y de la harina amasó y coció ricos panes, mientras que al Oso le dió las raíces del trigo.

Viendo el Oso que de nuevo el Campesino se había burlado de él, rugió:

—¡Campesino! ¡Estoy muy enojado contigo! ¡No te atrevas a ir al bosque por leña, porque te mataré en cuanto te vea!

El Campesino volvió a su casa, y a pesar de que la leña le hacía mucha falta no se atrevió a ir al bosque por ella; consumió la madera de los bancos y de todos sus toneles; pero al fin no le quedó más remedio que ir al bosque.

Entró silenciosamente en él y salió a su encuentro una Zorra.

—¿Qué te pasa?—le preguntó ésta—. ¿Por qué andas tan despacito?

—Tego miedo de encontrar al Oso, que se ha enfadado conmigo, amenazándome con matarme si me atrevo a entrar en el bosque.

—No te apures, yo te salvaré; pero dime lo que me darás en cambio.

El Campesino hizo una reverencia a la Zorra y le dijo:

—No seré avaro; si me ayudas, te daré una docena de gallinas.

—Conforme—dijo la Zorra—. No temas al Oso; corta la leña que quieras y mientras tanto yo daré gritos fingiendo que han venido cazadores. Si el Oso llega a preguntarte que significa ese ruido dile que corren los cazadores por el bosque, persiguiendo a los Lobos y a los Osos.

El Campesino se puso a cortar leña y pronto llegó el Oso corriendo a todo correr.

—¡Eh, viejo amigo! ¿Qué significan esos gritos?—le preguntó el Oso.

Son los cazadores que persiguen a los lobos y a los Osos.

—¡Oh, amigo! ¡No me denuncies a ellos! Protégeme debajo de tu carro—le suplicó el Oso asustado.

Entre tanto la Zorra, que gritaba escondiéndose detrás de los zarzales, preguntó:

—¡Hola, Campesino! ¿Has visto por aquí a algún Oso?

—No he visto nada—dijo el Campesino.

—¿Qué es lo que tienes debajo del carro?

—Es un tronco de un árbol.

—Si fuese un tronco no estaría debajo del carro, sino en él y atado con una cuerda.

Entonces el Oso dijo en voz baja al Campesino:

—Pónme lo más pronto posible en el carro y átame con una cuerda.

El Campesino no se lo hizo repetir. Puso al Oso en el carro, lo ató con una cuerda y empezó a darle golpes en la cabeza con el hacha hasta que lo mató.

Pronto acudió la Zorra y dijo al Campesino:

—¿Dónde está el Oso?

—Ya está muerto.

—Está bien. Ahora, amigo mío, tienes que cumplir lo que me prometiste.

—Con mucho gusto, amiguita; vamos a mi casa y allí te daré las gallinas.

Al acercarse a su cabaña el Campesino silbó a sus perros azuzándolos para que cogieran a la Zorra. Esta echó a correr hacia el bosque y una vez allí se escondió en su cueva. Después de tomar aliento empezó a preguntar:

—¡Hola, mis ojos! ¿Qué habéis hecho mientras corría?

—¡Hemos mirado el campo para que no diceses un tropezón!

—¿Y vosotros, mis oídos?

—Hemos escuchado si los perros se iban acercando.

—¿Y vosotros mis pies?

—Hemos corrido a todo correr para que no te alcanzaran los perros.

—¿Y tú, rabo, qué has hecho?

—Yo—dijo el rabo—me metía entre tus piernas para que tropezases conmigo, te cayeras y los perros te mordiesen con sus dientes.

—¡Ah canalla!—gritó la Zorra—pues recibirás lo que mereces!—y sacando el rabo fuera de la cueva, exclamó:

—¡Comedlo, perros!

Estos cogieron con sus dientes el rabo, tiraron, sacaron a la Zorra de su cueva y la hicieron mil pedazos.

Y desde entonces, el Campesino vive feliz, labrando su campo.

SOLUCIONES A LAS ADIVINANZAS DEL N° 7

1.—El reloj; 2.—La nuez; 3.

—La nube; 4.—El carbón.

¡ESCUCHE USTED...



Que el Ministerio de Salubridad presentará:

MARTES: a las 8 p. m. en la emisora "FARO CARIBE" (995 Kcls.

Y

VIERNES: a las 7 p. m. en LA CADENA NACIONAL GONZALO PINTO HERNANDEZ a través de sus estaciones:

RADIO MONUMENTAL - ALMA TICA y NUEVA ALMA TICA

"Luchar por la Salud, es deber del individuo, del Hogar,
de la Comunidad y la Nación".

SECCION DE EDUCACION SANITARIA

"ROSAGO"

LOS MEJORES MUEBLES DE METAL

ARCHIVADORES
TARJETEROS
PAPELERAS

CESTAS PARA PAPELES
EQUIPOS MEDICOS
MAQUINARIA PARA CAFE
ETC., ETC.

OFICINA CENTRAL 25 VARAS SUR LIBRERIA ESPAÑOLA

Teléfono, Oficina: 4529

— Apartado 1911

— Teléfono, Fábrica: 4497

SAN JOSE, COSTA RICA

CONCURSO de DIBUJOS Y COMPOSICIONES

El resultado se dará a conocer en la revista FAROLITO del mes de Julio
Para dar oportunidad de participar a otros niños, se amplía el
término para el envío de trabajos al 20 de Junio.

RECUERDEN

Diez premios se obsequiarán a los mejores trabajos y para el primero
hay un premio de ₡ 25.00, cortesía de los

FOSFOROS AGUILA Y CAMPEON

REVISTA INFANTIL

"FAROLITO"

Se vende en las

LIBRERIA ESPAÑOLA

LIBRERIA LOPEZ

LIBRERIA TREJOS

FABRICAS DE COCINAS ELECTRICAS

"SEGURA"

Las mejores que se fabrican en el país

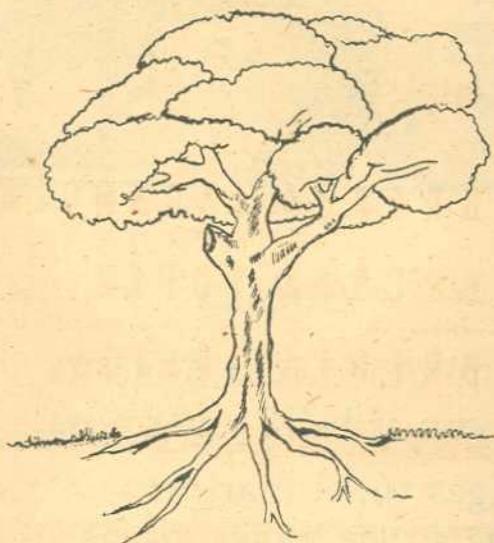
PASE A VERLAS

Se hacen trabajos a domicilio

TELEFONO 1317

Frente al Resguardo Fiscal, Paseo de los Estudiantes.

Los niños hablan



El Arbol

No hay ser más bello sobre la tierra que un árbol, él le sirve a la humanidad sin tener diferencias, nos guarece en los grandes calores, bajo sus hermosas hojas salidas de su corazón.

En su morada, guarda historias.

Sembrémosle con amor, es nuestro fiel amigo.

Son los árboles los que forman nuestros bosques y pueblan nuestras selvas; parecen ejércitos... ejércitos vegetales en fila.

Miguel Angel Lépiz. IV Grado.
Escuela Joaquín Lizano. Heredia.



CANTIGA

Muy graciosa la doncella
¡cómo es bella y hermosa!

Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela
o la estrella es tan bella.

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas
o la guerra es tan bella.

Digas tú, el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado o los valles
o la sierra es tan bella.